

Iglesias ricas y pobres, y el principio-misericordia. Una Iglesia “pobre” es una Iglesia “rica en misericordia”*

**Jon Sobrino,
Centro de Reflexión teológica.
San Salvador, El Salvador.**

Riqueza y pobreza son en la Escritura realidades contrarias y excluyentes, condenatoria la primera y salvífica la segunda. La verdadera Iglesia, por lo tanto, debe estar configurada por la pobreza y en contra de la riqueza. Por otro lado, la última verdad de la Iglesia le proviene de su misión, aquello en que consiste su identidad, y por ello, pobreza y riqueza tienen que ser vistas también en relación a lo que capacita o incapacita la misión de la Iglesia.

En la situación de un mundo masivamente sufriente, la misión de la Iglesia puede —y en nuestra opinión debe— ser descrita en su núcleo como el ejercicio de la misericordia¹. Y así, en formulación que es más que un juego de palabras, queremos afirmar que una Iglesia mundanamente rica lleva a una Iglesia pobre en misericordia, y que una Iglesia mundanamente pobre lleva a una Iglesia rica en misericordia.

1. Principio-riqueza y principio-pobreza

Las realidades de riqueza-pobreza las queremos analizar en este artículo no tanto como realidades categoriales, con la interminable discusión sobre cuántos medios tiene que poseer una u otra Iglesia para ser descrita como rica o pobre, sino como mundo de la riqueza o de la pobreza en el que se inserta una Iglesia, y sobre todo como realidades-principio, es decir, como aquellas realidades que están en el inicio de un proceso eclesial, pero que no sólo están en el inicio

* Ponencia presentada en el X Congreso de Teología, Madrid, 15 de septiembre de 1990.

como origen, sino que se mantienen presente a lo largo de él, le otorgan una dirección y configuran todos sus elementos.

Para introducirnos en el tema comenzamos con el análisis que hace san Ignacio en la meditación llamada de dos banderas en sus *Ejercicios Espirituales*². Es cierto que esta meditación está dirigida al individuo para que camine hacia su propia perfección. Pero la meditación puede muy bien adaptarse al ser y misión de la Iglesia, y, sobre todo, nos parece muy útil porque san Ignacio insiste en esa meditación en lo que aquí más nos interesa: el carácter de "principio" que tienen la riqueza y la pobreza.

San Ignacio, en efecto, presenta —en tres escalones— dos caminos que se le abren al cristiano, uno es el camino que propone el maligno, otro el que propone Jesús. Pero ambos caminos tienen un origen, riqueza y pobreza, que, por su naturaleza, dan la dirección a todo el caminar. La riqueza lleva al vano honor del mundo, éste a la soberbia, y ésta, a su vez, a todos los vicios. La pobreza, lleva a los oprobios y menosprecios, éstos a la humildad, y ésta, a su vez, a todas las virtudes. Estos dos caminos, por último, son presentados formalmente como antitéticos y duélicos, de modo que para estar y avanzar en uno de ellos hay que hacer contra el otro.

Veamos cómo pueden aplicarse estos principios —historizándolos— al análisis de una Iglesia rica y de una Iglesia pobre desde la realidad del mundo de hoy, mundo mayoritariamente empobrecido y sufriente.

1.1. Una Iglesia configurada según el principio-riqueza

El camino del maligno comienza con la riqueza y, por ello, desde un punto de vista evangélico, ésta es *ipso facto* negación absoluta del seguimiento de Jesús. Para la Iglesia esto significa claramente que es el camino equivocado. Pero a esta afirmación evangélica de principios hay que añadir otra no menos importante en la que ahora queremos insistir.

En un mundo mayoritariamente pobre³, la riqueza lleva a la Iglesia —por su propia naturaleza— a distanciarse, desencarnarse y desentenderse del mundo real. Una Iglesia rica es, ante todo, una Iglesia que no se ha hecho carne en un mundo mayoritariamente pobre, y es, por lo tanto, una Iglesia "anecdótica" y, en este sentido, irreal. No sólo no es una Iglesia "cristiana", pues no sigue al Jesús pobre y humilde, sino que no es una Iglesia "humana". Por lo primero no puede ser sacramento de Cristo y por lo segundo no puede ser sacramento de la humanidad, cosas ambas que le vienen exigidas en el primer número de la *Lumen Gentium*. Una Iglesia rica no tiene identidad ni relevancia cristianas.

Además, al instalarse en el mundo minoritario y pecaminoso de la riqueza, esa Iglesia deja de ser "mundanal", encarnada, y se hace "mundana", establecida en los "hombres" del mundo de los que habla san Ignacio. De ahí es llevada a la

“soberbia” —a convertirse en Iglesia opresora— y de ahí a “todos los vicios”, a participar en los males mayores de la humanidad de hoy, que podemos expresarlos en estos dos:

(a) El mundo de la riqueza está transido de ídolos y está basado en ellos por necesidad. Ubicarse en la riqueza lleva inexorablemente a relacionarse con ellos y la tentación más fuerte es la de rendirles culto, todo lo cual es muy compaginable con ideologías no religiosas o increyentes, pero también con ideologías religiosas. Estos ídolos exigen víctimas para subsistir, y rendirles culto significa entonces propiciar víctimas, en lo cual se revela la máxima maldad del principio-riqueza: lleva a dar muerte. Y recordemos que en la teología joannea el Maligno es “asesino”.

(b) Los ídolos —simultáneamente— buscan su ocultamiento, su propio encubrimiento e incluso la tergiversación de su esencia (“llegará un día en que todo aquel que les lleve a los tribunales pensará que está dando gloria a Dios”). Y como, a mayor escándalo mayor encubrimiento, los ídolos generan y necesitan esencialmente de la mentira. Y recordemos, de nuevo, que en la teología joannea el Maligno es también el “mentiroso”.

Así es el mundo de la riqueza, un mundo en el que se violan masiva y estructuralmente el quinto y el séptimo mandamientos: los mandamientos que defienden la vida y los medios básicos para la vida. Y un mundo en el que se viola masiva y estructuralmente el octavo mandamiento: el encubrimiento de la violación fundamental de la voluntad de Dios⁴.

Estar en el mundo de la riqueza es ya en sí mismo decristianizante y deshumanizante, pero para la Iglesia lo peor de ese activo estar en ese mundo es que la introduce —lo sepa o no, lo quiera o no— en una dinámica pecaminosa que la lleva a instalarse en el pecado mayor del mundo y a participar en él —al menos de forma estructural— activa o pasivamente, por acción o por omisión.

1.2. Una Iglesia configurada según el principio-pobreza

El camino de Jesús comienza con la pobreza, y, desde un punto de vista evangélico, por ahí debe comenzar una Iglesia cristiana. Pero también desde un punto de vista histórico, la pobreza debe ser el lugar de la Iglesia.

En un mundo pobre, la Iglesia debe estar en la pobreza simplemente para ser real, y evitar así comunicar la penosa impresión de irrealidad —que intenta ser sustituida por puras intencionalidades— y, por lo tanto, de irrelevancia. Cuán importante sea que la Iglesia llegue a ser cosa real en un mundo mayoritariamente pobre, lo podemos ver gráficamente en las clarividentes palabras de Monseñor Romero: “Me alegro, hermanos, de que la Iglesia sea perseguida. Eso muestra que se ha encarnado en la pobreza”. Y en estas otras todavía más escalofriantes: “Sería muy triste que en un país en donde se asesina tan horro-

rosamente a los salvadoreños no hubiese sacerdotes asesinados". Las frases son espeluznantes, pero lo que interesa es la lección: es fundamental que la Iglesia esté, ante todo, en la verdadera realidad del mundo, y esto no es cosa de intencionalidad, ni de pura facitividad —estar donde uno está—, sino de estar realmente en el momento más denso de la realidad. Mientras la realidad de este mundo sea la pobreza, no otro puede ser el lugar de la Iglesia.

Esta pobreza lleva por su dinámica interna a lo que san Ignacio llama "oprobios y menosprecios". De esta forma, la pobreza le resuelve a la Iglesia el gran problema de estar adecuadamente en el mundo (de los pobres), sin ser pecaminosamente del mundo (de los ricos), ser mundanal sin ser mundana. Y la realidad lo muestra sin lugar a dudas: una Iglesia difamada, amenazada, perseguida y martirizada. Y de esta forma, la pobreza lleva a la Iglesia a parecerse a Jesús y a propiciar los bienes mayores —antitéticos a los males mayores de la riqueza— propiciados por Jesús y exigidos por la realidad del mundo.

a) En contra de la idolatría, la encarnación en la pobreza lleva a la Iglesia a defender a las víctimas, denunciar a los ídolos y anunciar al Dios de la vida. La Iglesia se convierte entonces, como por connaturalidad, en portadora de *eu-aggelion*, de buena noticia —y de buena realidad— para los pobres de este mundo. Si el Maligno es asesino y priva de vida, la Iglesia pobre es la que trae vida y vida en abundancia.

b) En contra de la mentira y del encubrimiento, la pobreza lleva a la verdad y a la luz. La Iglesia se convierte entonces, como por connaturalidad, en luz en medio de las tinieblas y en verdad en medio de la mentira. Si el Maligno es mentiroso, la Iglesia pobre es portadora de verdad y de luz.

1.3. Conclusión: necesidad y dificultad de elección para la Iglesia

Pobreza y riqueza son, pues, realidades esenciales para describir a una Iglesia falsa o verdadera; pero considerar la pobreza y la riqueza como "principios" de un proceso —"de manera que sean tres escalones", como insiste san Ignacio— ayuda además a verificar si hay en verdad Iglesia rica o Iglesia pobre. Si a la Iglesia le sobrevienen honores y si se instala en ellos gustosamente, es que esa Iglesia se ha dejado regir por el principio-riqueza, lo admita o no; y, lo peor, esa Iglesia tiende a participar en el pecado del mundo en el que se ha instalado. Y, a la inversa, si a la Iglesia le sobrevienen los "oprobios" del mundo pecador y se instala en el mundo oprimido, esa Iglesia se ha dejado regir por el principio-pobreza; y, lo más importante, esa Iglesia tiende a erradicar el pecado del mundo.

La conclusión de todo lo dicho es claro: la Iglesia debe estar regida por el principio-pobreza, tiene que ser una Iglesia de los pobres. Pero con ser esto tan fundamental, dos cosas importantes quedan todavía por esclarecer. La primera

es obvia: estar en la pobreza es llegar a estar en ella en contra de la riqueza⁵. Y surge entonces la pregunta sobre qué es lo que tiene fuerza suficiente para poner a la Iglesia en la pobreza y mantenerla en ella. La segunda es que, por muy esencial que sea el principio-pobreza, éste no debe ser considerado simplemente como principio estructurador del interior de la Iglesia, sino que debe estar al servicio de su misión.

En nuestra opinión, lo que históricamente facilita la solución a ambos problemas es el ejercicio de la misericordia. La Iglesia tiene que estar en la pobreza porque ello le facilita el ejercicio de la misericordia, y este ejercicio es lo que, a su vez, retrotrae eficazmente a la Iglesia a la pobreza y la empobrece. Indudablemente existen otras motivaciones para que la Iglesia se ponga en el lugar de la pobreza, el ejemplo de Jesús ante todo; pero creemos que la materialidad de la pobreza es la que —existencialmente— mejor desencadena la misericordia, y el ejercicio de la misericordia es lo que —de nuevo existencialmente— mejor pone a la Iglesia en la pobreza. Dicho en palabras sencillas, una Iglesia pobre es, connaturalmente, más misericordiosa, y una Iglesia misericordiosa es, connaturalmente, más pobre. Veamos, pues, qué es una Iglesia de la misericordia, pero digamos antes qué entendemos por el principio-misericordia por el que debe regirse la Iglesia.

2. El principio-misericordia⁶

El término misericordia hay que entenderlo bien, pues puede connotar cosas verdaderas y buenas, pero también insuficientes y aun peligrosas: sentimiento de compasión (con el peligro de que no se analicen las causas del sufrimiento), alivio de necesidades individuales (con el peligro de abandonar la transformación de las estructuras), actitudes acogedoras (con el peligro de paternalismo). Para evitar las limitaciones del concepto "misericordia" y los malentendidos a los que se presta no hablamos simplemente de misericordia, sino del "principio-misericordia", así como Ernst Bloch habla no simplemente de "esperanza", como una entre muchas realidades categoriales, sino del "principio-esperanza".

2.1. "En el principio estaba la misericordia"

Es sabido que en el origen del proceso salvífico está presente una acción amorosa de Dios. "He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a liberarlos" (Ex 3,7s). Con qué término se describa esa acción de Dios es hasta cierto punto secundario, aunque lo más adecuado es denominarla "liberación". Lo que aquí nos interesa recalcar, sin embargo, es la estructura del movimiento liberador: Dios escucha los clamores de un pueblo sufriente, y por esa sola razón se decide a la acción liberadora⁷.

A esta acción del amor así estructurada llamamos misericordia. De ella hay que decir (a) que es una acción, más exactamente una re-acción ante el sufrimiento ajeno interiorizado, que ha llegado hasta las entrañas y el corazón propios (sufrimiento de todo un pueblo, en este caso, infligido injustamente y a los niveles básicos de su existencia), y (b) que esa acción es motivada sólo por ese sufrimiento.

El sufrimiento ajeno interiorizado es, pues, principio de la reacción de la misericordia, pero ésta, a su vez, se convierte en principio configurador de toda la actuación de Dios: (a) no sólo está en el origen, sino que permanece como constante fundamental en todo el Antiguo Testamento (la parcialidad de Dios hacia las víctimas por el mero hecho de serlo, la activa defensa que hace de ellas y su designio liberador para ellas); (b) desde ella cobra lógica interna tanto la historización de la exigencia de la justicia como la denuncia de los que producen injusto sufrimiento; (c) a través de esa acción —no sólo con ocasión de ella— y de sucesivas acciones de misericordia se revela el mismo Dios, y (d) la exigencia fundamental al ser humano y, específicamente, a su pueblo es que rehagan esa misericordia de Dios hacia los otros y se hagan así afines a Dios.

Parafraseando a la Escritura pudiéramos decir que, si en el principio absoluto-divino “está la palabra” (Jn 1, 1) y a través de ella surge la creación (Gen 1, 1), en el principio absoluto histórico-salvífico “está la misericordia” y ésta se mantiene constante en el proceso salvífico de Dios.

2.2. La misericordia según Jesús

Esta primigenia misericordia de Dios es lo que aparece historizada en la práctica y en el mensaje de Jesús. El *miserior super turbas* no es sólo una actitud regional de Jesús, sino aquello que configura su vida y su misión, y lo que le acarrea su destino. Y es también lo que configura su visión de Dios y del ser humano.

(a) Cuando Jesús quiere presentar qué es el ser humano cabal cuenta la parábola del buen samaritano. Es un momento solemne en los evangelios, que va más allá de la curiosidad de saber cuál es el mayor de los mandamientos. Se trata en la parábola de decirnos en una palabra qué es el ser humano. Pues bien, ese ser humano cabal es aquél que vio a un herido en el camino, re-accionó y le ayudó en todo lo que pudo. Qué discurriese el samaritano y con qué finalidad última actuase, no se dice en la parábola. Lo único que se dice es que lo hizo “movido a misericordia”.

El ser humano cabal es, pues, el que interioriza en sus entrañas el sufrimiento ajeno —en el caso de la parábola, el sufrimiento injustamente infligido— de modo que ese sufrimiento interiorizado se hace parte de él y se convierte en principio interno, primero y último, de su actuación. La misericordia —como reacción— se torna en la acción fundamental del hombre cabal.

Esta misericordia no es, pues, una entre otras muchas realidades humanas, sino la que define en directo al ser humano. Por una parte no es suficiente para definirlo, pues éste es también un ser del saber, del esperar y del celebrar, pero, por otra parte, es absolutamente necesaria. Ser un ser humano para Jesús es reaccionar con misericordia, y si no hace eso ha viciado de raíz la esencia de lo humano, como ocurrió con el sacerdote y el levita que dieron un rodeo.

Esa misericordia es también la realidad con que los evangelios definen a Jesús, quien con frecuencia hace curaciones tras la petición "ten misericordia" y actúa porque siente compasión de la gente. Y con esa misericordia describen también a Dios en otra de las parábolas fundantes: el Padre sale al encuentro del hijo pródigo, y cuando lo ve compungido y aturdido —movido a misericordia— re-acciona, lo abraza, organiza una fiesta.

(b) Si con la misericordia se describe al ser humano, a Cristo y a Dios, estamos sin duda ante algo realmente fundamental. Es el amor, podrá decirse con toda la tradición cristiana, como si fuese lo ya sabido, pero hay que añadir que es una específica forma del amor: el amor práxico que surge ante el sufrimiento ajeno injustamente infligido⁸ para erradicarlo, por ninguna otra razón más que la existencia de ese sufrimiento y sin poder ofrecer ninguna excusa para no hacerlo.

Elevar a principio esta misericordia puede parecer un mínimo, pero sin ella no hay humanidad ni divinidad según Jesús, y, como todos los mínimos, es un verdadero máximo. Lo importante es que ese mínimo-máximo es lo primero y lo último: no existe nada anterior a la misericordia para motivarla ni existe nada más allá de ella para rehuirla o relativizarla.

De forma sencilla esto puede apreciarse en que el samaritano es presentado por Jesús como ejemplo acabado de quien cumple el mandamiento del amor al prójimo, pero en el relato de la parábola para nada aparece que el samaritano socorra al herido en el camino *para cumplir un mandamiento*, por excelso que sea, sino simplemente "movido a misericordia".

De Jesús se dice que hace curaciones, y se le muestra en ocasiones molesto porque los curados no se lo agradecen; pero para nada aparece que Jesús las hiciera *para recibir agradecimiento* (o para que de esta forma llegasen a pensar en su peculiar realidad o su poder divino...), sino "movido a misericordia".

De Dios se dice que acoge al hijo pródigo, pero para nada aparece que lo hiciera *para conseguir lo que realmente le interesaba* (que el hijo confesase sus pecados y pusiese así en orden su vida), sino "movido a misericordia".

Misericordia es, pues, lo primero y lo último; no es simplemente el ejercicio categorial de las llamadas "obras de misericordia", aunque pueda y deba expresarse también en éstas. Es algo mucho más radical: es una actitud fundamental ante el sufrimiento ajeno, que reacciona para erradicarlo por la única

razón de que existe el tal sufrimiento, y con la convicción de que en esa reacción ante el no-deber-ser del sufrimiento ajeno se juega, sin posible escapatoria, el propio ser.

(c) En la parábola se ejemplifica cómo la realidad histórica está transida de falta de misericordia —expresado en el sacerdote y el levita—, lo cual es ya espantoso para Jesús; pero además los evangelistas muestran que para Jesús la realidad histórica está configurada por la antimisericordia activa que hiere y da muerte a los seres humanos, y amenaza y da muerte también a quienes se rigen por el principio-misericordia.

Por ser misericordioso —no por ser un “liberal”—, Jesús antepone la curación de un hombre con la mano seca a la observancia del sábado. Su argumentación para ello es obvia e indefensa: “¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de perderla?” (Mc 3, 4). Sus adversarios, sin embargo, descritos, por cierto, en términos antitéticos a Jesús —“la dureza de su corazón” (v. 5)— no sólo no quedan convencidos, sino que hacen contra Jesús, y así el relato termina de forma espeluznante: “En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle”(v. 6).

Sea anacrónica o no la disposición de este pasaje, lo fundamental es que muestra la existencia de la misericordia y de la antimisericordia. Mientras aquella se reduzca a sentimientos o puras obras de misericordia, ésta la tolera; pero cuando la misericordia es elevada a principio y subordina el sábado a la erradicación del sufrimiento, entonces la antimisericordia reacciona, porque aquella trastrueca los valores de un mundo opresor. Por trágico que parezca, Jesús murió ajusticiado por ejercitar la misericordia consecuentemente y hasta el final. La misericordia es, entonces, misericordia que llega a ser a pesar de y en contra de la anti-misericordia.

(d) A pesar de ello, Jesús proclama: “dichosos los misericordiosos”. La razón que da Jesús en el evangelio de Mateo parece ir en la línea de la recompensa: “obtendrán misericordia”. Pero la razón más honda es intrínseca. Quien vive según el principio-misericordia realiza lo más hondo del ser humano, se hace afín a Jesús —el *homo verus del dogma*— y al Padre celestial.

En esto consiste, podríamos decir, la teoría de la felicidad que ofrece Jesús: “dichosos, benditos, ustedes, los que ejercitan misericordia, los de ojos limpios, los que trabajan por la paz, los que tienen hambre de justicia, los perseguidos por ella, los pobres...” Escandalosas, pero iluminadoras palabras. Jesús quiere que los seres humanos sean felices, y el símbolo de esa felicidad es llegar a estar unos con otros, la mesa compartida. Pero mientras en la historia no aparezca la gran mesa fraternal del reino de Dios, hay que ejercitar la misericordia, y eso —dice Jesús— produce gozo, alegría, felicidad.

2.3. El principio-misericordia

Esta breves reflexiones sobre la misericordia pueden ayudar a comprender lo que entendemos por el principio-misericordia. La misericordia no es lo único que ejercita Jesús, pero es lo que está en su origen y lo que configura toda su vida, misión y destino. A veces en los relatos evangélicos aparece explícitamente el término "misericordia", a veces no. Pero con o sin ese término, siempre aparece como transfondo de la actuación de Jesús el sufrimiento de las mayorías, los pobres, los débiles, los privados de dignidad, ante quienes se le remueven las entrañas. Y esas entrañas removidas son las que configuran todo lo que es Jesús: su saber, su esperar, su actuar y su celebrar.

Así, su esperanza es la de los pobres que no tienen esperanza y a quienes anuncia el reino de Dios. Su praxis es en favor de los pequeños y oprimidos (milagros de curaciones, expulsión de demonios, acogida a los pecadores) y en contra de sus opresores (denuncias y desenmascaramientos). Su "teoría social" está guiada por el principio que hay que erradicar el sufrimiento masivo e injusto. Su alegría es júbilo personal cuando los pequeños entienden y su celebración es sentarse a la mesa con los marginados. Su visión de Dios es la de un Dios defensor de los pequeños y misericordioso con los pobres, y su fidelidad a Dios es la otra cara de la moneda de su mantenerse en los riesgos y ataques que origina el ejercicio de la misericordia. En la oración por antonomasia, el Padrenuestro, Jesús invita a los desvalidos que llamen a Dios padre.

No hay espacio ahora para extendernos en esto. Sólo lo apuntamos para comprender bien lo que queremos decir con el "principio-misericordia". En el origen de lo divino y de lo humano está la misericordia. Y según ese principio se debe regir el ser humano: la misericordia informa todas las dimensiones de su ser humano, la del conocimiento, la de la esperanza, la de la celebración y, por supuesto, la de la praxis. Cada una de ellas tiene su autonomía, pero pueden y deben ser configuradas y guiadas por uno u otro principio fundamental. A ese principio se supedita todo lo demás. Y que esto no sea pura reconstrucción especulativa aparece en el decisivo pasaje de Mateo 25: quien ejercita la misericordia, sea cual fuere el ejercicio de otras dimensiones de su realidad humana, "se ha salvado", ha llegado a ser para siempre el ser humano cabal. El juez y los juzgados están ante la misericordia, y ante sólo ella. Lo que hay que añadir es que el criterio que usa el juez no es arbitrario: el mismo Dios se ha mostrado como quien reacciona con misericordia ante el clamor de los oprimidos, y por ello, la vida de los seres humanos se decide ante la respuesta a ese clamor.

3. La Iglesia "pobre" como la Iglesia "rica en misericordia"

Este principio-misericordia es el que debe estar actuante en la Iglesia de

Jesús y el *pathos* de la misericordia es lo que debe informarla y configurarla. Esto quiere decir que también la Iglesia, en cuanto Iglesia, debe releer la parábola del buen samaritano con la misma expectativa, con el mismo temor y temblor con que la escucharon los oyentes de Jesús: qué es lo fundamental, en qué se lo juega todo. Muchas otras cosas deberá ser y hacer la Iglesia, pero si la Iglesia no está transida —por cristiana y por humana— de la misericordia de la parábola, todas las demás cosas serán irrelevantes, y podrán ser incluso peligrosas si se hacen pasar por su principio fundamental.

Esta misericordia es, además, lo que existencialmente, mejor que ninguna otra cosa, pone hoy a la Iglesia en la pobreza de la que antes hablábamos. Si se deja regir por el principio-misericordia, recorrerá los escalones que desencadena el principio-pobreza, que, en lenguaje de san Ignacio, lleva “a todas la virtudes”, y, en lenguaje sistemático, a la verdadera Iglesia. Somos conscientes que no se puede buscar un paralelismo exacto entre el análisis que hemos ofrecido del principio-misericordia y el análisis del principio-pobreza que hace san Ignacio. Pero, con todo, creemos que existe una estrecha relación entre ambos, y que ambas cosas, pobreza y misericordia, se potencian mutuamente.

3.1. La misericordia pone a la Iglesia en la “pobreza” y contra riqueza”

Es problema fundamental para la Iglesia encarnarse adecuadamente, estar en el lugar en el que debe estar. Ese lugar —formalmente hablando— es el mundo, una realidad lógicamente fuera de ella misma, y, dentro del mundo —materialmente hablando—, es la realidad de la pobreza. Pues bien, el ejercicio de la misericordia es lo que —por definición— saca a la Iglesia fuera de sí misma y la que la lleva no a cualquier mundo —el mundo de la cultura, el arte y la ciencia, por ejemplo, por importante que esto sea— sino al mundo más primario de la pobreza, allá donde se encuentra el herido —coincida éste, física y geográficamente, con el mundo intraeclesial o no. Mundo de la pobreza es el mundo del sufrimiento ajeno, sobre todo el masivo, cruel e injusto, donde se escuchan los clamores de los humanos: “*were you there when they crucified my Lord?*”, como dice el canto de los negros oprimidos en Estados Unidos que vale más que muchos páginas de eclesiología.

El lugar de la Iglesia es, pues, la pobreza, y lo que eficaz y existencialmente la lleva a ella y a estar en ella es la misericordia. Si los crucificados de este mundo son incapaces de remover las entrañas de la Iglesia, sacarla de sí misma y ponerla al pie de sus cruces, no sabemos qué tendrá fuerza para que la Iglesia se ponga en el “primer escalón” de la pobreza. Puede discutirse hasta la saciedad cuán pobre deba ser la Iglesia en sí misma para poderse llamar Iglesia pobre, y la casuística para determinarlo pudiera llevar a un callejón sin salida. Pero si la Iglesia ejercita la misericordia una cosa al menos queda clara: la Iglesia sale de sí misma y, a la vez, se encamina al lugar donde debe estar, la

pobreza.

Cuán crucial es esto, queremos ilustrarlo con un importante ejemplo de la actualidad. Es de sobra conocido que, para la llamada Iglesia institucional, no es nada fácil salirse de sí misma y mucho menos ir al mundo de la pobreza, pero tampoco lo es para la llamada Iglesia progresista ni para los puramente progresistas dentro de ella. Ciertamente, es urgente, justo y necesario exigir los derechos humanos y la libertad dentro de la Iglesia —como lo hacen los progresistas— por razones éticas ante todo, porque ambas cosas son signos de fraternidad —por ello, signos del reino de Dios— y porque sin ellos la Iglesia no se hace creíble en el mundo de hoy. Pero no hay que olvidar que en ello estamos todavía —lógicamente— en el interior de la Iglesia. Con prioridad lógica hay que preguntarse cómo andan los derechos de la vida y de la libertad en el mundo. Este segundo enfoque está regido por el principio-misericordia y cristianiza lo primero, pero no necesariamente a la inversa. El cristianismo “misericordioso” puede ser progresista —y en América Latina suele serlo—, pero éste —a veces— no es misericordioso.

Espero que se haya entendido bien lo que quiero decir con este ejemplo. Es urgente la humanización de la Iglesia en su interior, pero es primario que la Iglesia se piense desde el exterior, desde “el camino” donde se encuentra el herido. Es urgente que el cristiano, el sacerdote y el teólogo, por ejemplo, reclamen su legítima libertad en la Iglesia, hoy coartada; pero es más urgente reclamar la libertad de millones de seres humanos que no la tienen, simplemente, para sobrevivir ante la pobreza, para vivir ante la represión y ni siquiera para pedir justicia o una simple investigación de los crímenes de los que son objeto.

Lo que queremos ilustrar con este ejemplo es la dificultad que tiene la Iglesia, incluso la progresista, para la encarnación en la pobreza, pero también el principio de solución: el ejercicio de la misericordia. Cuando la Iglesia sale de sí misma al camino donde se encuentran los heridos y se queda en él —movida a misericordia—, entonces es una Iglesia descentrada, es, a la vez, Iglesia de la misericordia e Iglesia de la pobreza.

3.2. La misericordia lleva a la Iglesia a los “oprobios y menosprecios” contra el “vano honor del mundo”

En este mundo se aplauden o se toleran “obras de misericordia”, pero no se tolera una Iglesia configurada por el principio-misericordia, que la lleva a denunciar a los salteadores que producen víctimas, a desenmascarar la mentira con que encubren la opresión, a animar a la víctimas a liberarse de ellos. En otras palabras, los salteadores del mundo anti-misericordioso toleran que se curen heridas, pero no toleran que se sane de verdad al herido y que se luche para que no vuelva a caer en sus manos.

Cuando eso ocurre, la Iglesia —como cualquier otra institución— es difamada y perseguida —los actuales “oprobios y menosprecios”—, lo cual a su vez verifica que la Iglesia se ha dejado regir por el principio-misericordia y está realmente en la pobreza. Y la ausencia de estas amenazas, ataques y persecuciones verifica, a su vez, que la Iglesia no se ha dejado regir por el principio-misericordia y está en la riqueza.

El ejercicio consecuente de la misericordia, el defender a las víctimas en contra de sus salteadores, no sólo ayudarlas, lleva a ser llamado “samaritano”. En la actualidad, la palabra suena muy bien, precisamente porque así llamó Jesús al hombre misericordioso, pero recordemos que entonces sonaba muy mal, y precisamente por ello la usó Jesús, para enfatizar la supremacía de la misericordia sobre concepciones religiosas y para atacar a los religiosos sin misericordia.

Esto sigue ocurriendo. A quienes ejercitan la misericordia no deseada por los salteadores les llaman hoy de todo. En América Latina los llaman subversivos, comunistas, liberacionistas, ateos. Ultimamente, después de los acontecimientos del este europeo, pueden llamarlos, más suavemente, ingenuos, anacrónicos, pasados de moda.

Si algo queda claro en el mundo de hoy es que el ejercicio de la misericordia lleva a perder la fama y los “oprobios y menosprecios” están asegurados. A una Iglesia “buena” se la sigue llamando (peyorativamente) “samaritana”. Pero no sólo eso. Cuando la Iglesia ejercita la misericordia consecuentemente y hasta el final y denuncia a los salteadores, entonces está tocando los ídolos, “los dioses olvidados” como los llama certeramente J. L. Sicre —lo que no quiere decir que sean ya los dioses superados, pues siguen bien presentes y actuantes, aunque cuidadosamente encubiertos. Y entonces, éstos reaccionan, dan muerte y someten a la Iglesia a los oprobios mayores y al empobrecimiento supremo de la muerte.

3.3. La misericordia lleva a la “humildad” contra la “soberbia”

Mantenerse en la misericordia cuando sobrevienen los ataques no es fácil, pero, si así ocurre, entonces la Iglesia se pone en el escalón que san Ignacio llama la “humildad” y que aquí podríamos denominar la libertad interior para amar y defender desinteresadamente a las víctimas, la libertad para la misericordia hasta el final. Esto es lo que ejemplifica con toda claridad Monseñor Romero. Su actuación le supuso dolorosos conflictos personales e intraeclesiales, arriesgar su anterior prestigio eclesial, su fama y su puesto de arzobispo, y arriesgar incluso su vida. Pero le supuso arriesgar algo todavía más difícil e infrecuente de arriesgar: la institución. Y así, por mantener la misericordia, vio cómo eran destruidas plataformas de la Iglesia, la radio y la imprenta del arzobispado, los colegios y las universidades, y cómo diezmaban a la Iglesia

institucional con capturas, expulsiones y asesinatos de los símbolos más importantes de la institución: sacerdotes, religiosas, catequistas, delegados de la palabra.

La Iglesia quedó humillada y alejada de toda "soberbia", de todo poder basado en la riqueza y el honor mundanos. Pero esa humillación la llevó también a la libertad interior, a la verdad, a la gracia —a la "humildad", como dice san Ignacio. Ante los ataques y la destrucción de la Iglesia, Monseñor Romero dijo a sus oyentes afligidos: "Cuando nos destruyan la radio y nos asesinen sacerdotes, sepan que nada malo nos han hecho". Y en presencia de su propia muerte dijo: "He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, como cristiano, no creo en la muerte sin la resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad".

Tal actitud muestra que el primer ejercicio de la misericordia y los oprobios sufridos por ello han sido purificadores, han llevado a la Iglesia a la "humildad" y la han alejado definitivamente de la "soberbia". Y desde ahí, la Iglesia es llevada a "todas las virtudes" y alejada de "todos los vicios".

3.4. La misericordia lleva a la Iglesia a "todas las virtudes"

San Ignacio insiste en que el paso por los tres escalones induce "a todas otras virtudes". Pasar de uno a otro no se hace mecánicamente, y por eso habla de "inducir"; pero es también verdad que en cada escalón existe la dinámica intrínseca que da acceso al siguiente. Aplicado esto a la misericordia, una Iglesia que se deja regir consecuentemente por ella termina siendo verdadera Iglesia o, al menos, más verdadera Iglesia de Jesús que otras.

(a) Una Iglesia consecuentemente misericordiosa, que ha recorrido el camino hasta el final, cobra una luz desde la cual puede ver mejor todo lo que debe ser y hacer. Y ante todo llega a la convicción que su principio fundamental es en verdad la misericordia, que aquello con lo que empezó es lo que debe mantener siempre.

La Iglesia se aclara también sobre el contenido de su tarea fundamental: "cómo decir a los pobres de este mundo que Dios los quiere" (G. Gutiérrez), y sobre la necesidad de historizar esa palabra amorosa de Dios; en otras palabras, cómo historizar y jerarquizar la misericordia. Ya hemos intentado esclarecer esto último al hablar del principio-misericordia, pero ilustremoslo ahora con la actitud de las iglesias hacia la jerarquización e historización de la misericordia.

Siempre y en todo lugar existen muchas clases de heridas, físicas y espirituales. Su magnitud y hondura varían por definición y la misericordia debe re-accionar para sanarlas todas. Sin embargo, la Iglesia no debiera caer en la precipitada universalización de las heridas como si todas expresasen los mismos

clamores ni debiera invocar esta universalización para justificarse al afirmar que siempre ha propiciado obras de misericordia, lo cual, por otra parte, es bastante cierto. Todo sufrimiento humano merece absoluto respeto y exige respuesta, pero esto no significa que no haya que jerarquizar de alguna forma las heridas del mundo de hoy.

Indudablemente, en cada Iglesia local hay heridas específicas, físicas y espirituales, y a todas hay que sanar y vendar. Pero ya que la Iglesia es una y católica, hay que ver ante todo cómo anda ese herido que es el mundo en su totalidad. Cuantitativamente, el mayor sufrimiento en este planeta de más de cinco mil millones de seres humanos es la pobreza que lleva a la muerte y la indignidad que le es ancha, y ésta sigue siendo la herida mayor. Y esa gran herida aparece con mucha mayor radicalidad en el tercer mundo y mucho menos en el primero. Aunque sea teóricamente conocido, hay que repetirlo: por el mero hecho de haber nacido en El Salvador o en Haití o en Bangladesh o en el Tchad —como decía Ignacio Ellacuría— los humanos tienen muchísima menos vida y muchísima menos dignidad que los que han nacido en Estados Unidos, en Alemania o en España. Esta es hoy la herida fundamental, y esto significa, recordémoslo en lenguaje cristiano, que lo que está herida es la misma creación de Dios.

Esta herida mayor es la mayor herida para cualquier Iglesia por la magnitud del hecho en sí mismo y, también, por la corresponsabilidad en ella de cualquier instancia local —gobiernos, partidos, ejércitos, sindicatos, universidades, iglesias. Si una Iglesia local no atiende a esa herida mundial no podrá decirse que está regida por el principio-misericordia⁹.

Nada de esto quita el que haya que atender a las heridas locales, algunas en la línea descrita: el llamado cuarto mundo dentro del primero, y otras específicas del primer mundo: el individualismo egoísta y el romo positivismo que privan de sentido y de fe. A todo esto hay que atender con misericordia, pero sin hacer pasar a segundo plano lo que es primero, e incluso preguntándose si parte de la raíz de ese sinsentido —del malestar de la cultura— no proviene, consciente o inconscientemente, de la corresponsabilidad en haber generado un planeta mayoritariamente herido por la pobreza y la indignidad.

(b) La reflexión anterior no es obvia, aunque lo parezca. No suele ser compartida —con convicción— en muchas Iglesias, y la razón fundamental está, en nuestra opinión, en que no es nada evidente que ya se tienen los ojos limpios para ver la verdad. Llegar a la verdad —una de las "otras virtudes" en lenguaje de san Ignacio— supone una correcta actitud subjetiva, pero, estructuralmente hablando, supone una materialidad que facilite la honradez subjetiva. Lo que lleva a actualizar las posibilidades de la subjetividad para ver la verdad de este mundo es la materialidad de la pobreza y la reacción de la misericordia consecuente. Para una Iglesia que ha re-accionado ante el herido en el camino,

que ha sufrido por ello difamación y la "humillación" mayor del martirio, le es mucho más fácil tener luz sobre la verdadera realidad de la humanidad. La misericordia consecuente hace "ver" verdad, y una verdad que no se ve con facilidad fuera del ejercicio consecuente de esa misericordia.

Eso que ya está predicho en la Escritura, se hace realidad actual: en el siervo sufriente hay luz, en el crucificado hay sabiduría. Pero para captar luz y sabiduría, hay que estar allí junto al siervo y junto al crucificado. Y si, además de estar allí, se les trata de bajar de la cruz, entonces su luz ilumina todavía más, y entonces se hace fundamental e inamovible la convicción de que el mayor mal de este mundo es la injusticia y la opresión, que engendran pobreza, indignidad, ruptura de la fraternidad, y de que la misión fundamental de la Iglesia es poner su fe al servicio de la liberación de los oprimidos con la convicción, también, de que la práctica de la liberación ilumina su fe.

Esta luz que proviene del ejercicio de la misericordia es sólo un ejemplo, aunque fundamental, de que la Iglesia ha llegado a las "otras virtudes". Como decía Ignacio Ellacuría, los aciertos de la teología de la liberación no se deben, en lo fundamental, a que sus teólogos tengan más conocimientos que otros, sino a estar en el lugar adecuado. Dejarse regir por el principio misericordia es dejarse llevar al lugar adecuado para la Iglesia, y una vez allí, se tiene más luz.

Lo dicho hasta ahora es sólo un ejemplo, aunque importante, de "las otras virtudes" a las que el ejercicio de la misericordia consecuente lleva a la Iglesia. Añadamos, aunque sea muy brevemente, que desde la misericordia su fe se convierte en una fe en el Dios de los heridos en el camino, en el Dios de las víctimas, en el Dios de vida. Su liturgia celebra la vida de los sin vida, la resurrección de un crucificado. Su teología es *intellectus misericordiae (iustitiae, liberationis)* y no otra cosa es la teología de la liberación. Su doctrina y práctica social es un desvivirse teórica y prácticamente por ofrecer y transitar caminos eficaces de justicia¹⁰. Su ecumenismo surge y prospera —y la historia muestra que así ocurre— alrededor de los pueblos crucificados, quienes, como Cristo, lo atraen todo hacia sí.

Es necesario que la Iglesia reaccione con misericordia para llegar a "todas las virtudes", a ser más verdadera Iglesia de Jesús. Y añadimos que eso es posible porque ocurre, y por ello estas páginas —sea cual fuere la fortuna de su conceptualización— están basadas en la observación real de una Iglesia que ha tomado absolutamente en serio el reaccionar con misericordia. En lo que queremos insistir es en que esa posibilidad se ha relizado no por puro voluntarismo intencional, ni por pura fidelidad a textos, del pasado o del presente, sagrados o profanos, sino por el ejercicio de la misericordia.

(c) Hagamos para terminar dos breves reflexiones sobre la plenitud a la que el ejercicio de la misericordia lleva a la Iglesia. La primera es que la misericordia es también una bienaventuranza, y una Iglesia de la misericordia —si lo

es en verdad— es por ello una Iglesia que tiene gozo, y porque lo tiene puede mostrarlo. Y de esta forma —cosa harto olvidada— la Iglesia puede comunicar *in actu* que su anuncio, de palabra y obra, es *eu-aggelion*, buena noticia que no sólo es verdad, sino que produce gozo. Una Iglesia que no transmita gozo no es Iglesia del evangelio; pero no debe transmitir cualquier gozo, sino el que le es proporcionado y declarado en su carta magna de las bienaventuranzas, y entre ellas, el de la misericordia.

La segunda es que una Iglesia de la misericordia descrita se hace notar en el mundo de hoy. Y se hace notar de manera específica: con credibilidad. La credibilidad de la Iglesia depende de varias cosas, y sobre todo en mundos democráticos y culturalmente desarrollados aquélla tiene que tener en cuenta el ejercicio de la libertad dentro de la Iglesia y la exposición razonable de su mensaje que le otorga respetabilidad. Pero creemos que en la totalidad del mundo —incluyendo a los países del primero— la máxima credibilidad procede de la misericordia consecuente, precisamente, porque eso es lo más ausente en el mundo de hoy. Una Iglesia de la misericordia es al menos creíble, y si no es misericordiosamente consecuente en vano buscará credibilidad por otros medios. Entre los aburridos en la fe, los agnósticos y los increyentes, la Iglesia de la misericordia hará al menos respetable el nombre de Dios y éste no será blasfemado por lo que hace la Iglesia. Entre los pobres de este mundo esa Iglesia suscita aceptación y agradecimiento. Una Iglesia de la misericordia es, pues, la que se hace notar en el mundo de hoy, y se hace notar como Dios manda. Por ello, la misericordia es nota esencial de que existe verdadera Iglesia de Jesús.

Todo lo dicho en este artículo no es más que reafirmar en otro lenguaje la conocida opción por los pobres que debe hacer la Iglesia, según las mismas declaraciones de la Iglesia institucional. Lo dicho, pues, no es nuevo, aunque quizás ayude a comprender la radicalidad, primariedad y ultimidad de esa opción. En teoría todos están de acuerdo en que la Iglesia debe ser hoy una Iglesia de los pobres. Lo que hemos intentado esclarecer es que existe connaturalidad entre pobreza y misericordia, y que —existencialmente— el mejor modo para que la Iglesia se ponga en la difícil pobreza es reaccionar con misericordia. Una Iglesia pobre es la que tiende a ser misericordiosa. Y una Iglesia misericordiosa es la que es llevada a ser pobre.

Notas

1. Para justificar esta tesis bastaría con recordar que la misión de Jesús fue la de anunciar y hacer real el reino de Dios para los hombres, considerados éstos como víctimas de los poderes de este mundo.
2. *Ejercicios Espirituales* nn. 136-148. En nuestra opinión, la estructura del tratamiento de la riqueza y de la pobreza sigue teniendo gran vigencia en el mundo de hoy, si se

- la historiza debidamente. Ojalá esta meditación que toca el problema más crucial de nuestro mundo esté presente en la celebración de los aniversarios ignacianos.
3. En el primer mundo, sobre todo después de los sucesos del este europeo, existe una especie de euforia que lleva a ignorar la pobreza en el tercer mundo. Pero en América Latina, las cosas no sólo no van a mejor, sino que van a peor. Por decirlo con un sólo dato, la CEPAL acaba de afirmar —la noticia es del 4 de octubre— que América Latina necesita 90,000 mil millones de dólares para que en 1995 los ingresos por habitantes lleguen a ser lo que eran en 1980.
 4. Quisiera decir que el octavo mandamiento, que aborda el mundo de la mentira y del encubrimiento estructural, es un tema que no está muy presente en la doctrina social de la Iglesia. Lo cual extraña más, pues la Iglesia es una institución basada sustancialmente en la palabra, y la palabra es el vehículo de la verdad y de la mentira, del desenmascaramiento y del encubrimiento.
 5. San Ignacio formula con gran clarividencia el carácter antitético de los dos principios: pobreza *contra* riqueza, oprobios y menosprecios *contra* el honor mundano, humildad *contra* soberbia (n. 146).
 6. Lo que decimos a continuación sobre la misericordia ha aparecido ya, en lo sustancial, en un artículo del número de octubre de la revista *Sal Terrae*, "La Iglesia samaritana y el principio-misericordia". Dadas las urgencias de los últimos meses me ha sido imposible preparar dos textos distintos sobre temas similares. Espero que el lector tendrá comprensión.
 7. J. L. Segundo, en su libro *Teología de la liberación. Respuesta al Cardenal Ratzinger* (Madrid 1985) 61ss, muestra en detalle que la finalidad del éxodo es simplemente la liberación de un pueblo sufriente, en contra de la primera instrucción vaticana sobre la teología de la liberación, según la cual la finalidad del éxodo sería la fundación del pueblo de Dios y el culto, de la alianza en el Sinaí.
 8. La misericordia debe volcarse también hacia los sufrimientos "naturales", pero su esencia más última, creemos, se expresa en atender a los que sufren por ser "víctimas". Estas, a su vez, pueden ser generadas por males naturales e históricos, pero en la generalidad de la Escritura mucha más importancia se da a las víctimas históricas que a las naturales.
 9. Dicho sin acritud y con fraterna sencillez, sorprende que en los últimos diez años de ajetreada y densa vida histórica (y eclesial) en El Salvador, prácticamente ningún obispo español ha venido a visitar el país y su Iglesia, con la excepción del obispo encargado de misiones y la de Alberto Iniesta, quien vino al entierro de Monseñor Romero, pero animado y costado por sus feligreses de Vallecas.
 10. Para mí es muy claro que Ignacio Ellacuría se dejó guiar por el principio misericordia en toda su actividad y, específicamente, también en su actividad intelectual, teológica, filosófica y de análisis político. Esto lo mencionamos para recalcar que la misericordia es mucho más que puro sentimiento o puro activismo misericordioso. Es principio configurador también del ejercicio de la inteligencia.